

R.M. DE LOERA

# CUIDARÉ

*cele ti*

ROMANCE CORTO



Cuidaré de ti

Cuidaré de ti  
Published by R.M. de Loera at Amazon  
© 2020 R. M. de Loera  
Derecho de autor imagen: © Germancreative

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las referencias a los acontecimientos, gente o lugares son usadas de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Facebook: [RMdeLoera](#)

Instagram: [rmdeloera](#)

Para mis muy queridos lectores  
En estos días de toque de queda  
Un poquito de entretenimiento



Mientras levantaba la mano, para despedirme de mi jefe, el gato de la señora Jones, una de las asistentes asiduas a la biblioteca, se frotó contra mis piernas. Él le ofrecía a su dueña apoyo emocional.

—Adiós, señora Jones.

—Bye, Emily.

Le habló como bebé al animal, lo tomó en brazos y se marchó.

El reloj marcaba las cinco en punto, mi hora de salida. No regresaría al trabajo hasta dentro de dos semanas pues la ciudad decretó un toque de queda durante ese tiempo. Enfrentábamos una pandemia y, a pesar de las medidas previsoras en los días previos, los casos continuaban en aumento.

Bajé los escalones de dos en dos, en tanto, pinchaba mis mejillas y alisaba la falda del traje sastre. Al llegar a la acera me detuve un instante y distraída jugué con el colgante, del árbol de la vida, que fue de mamá. Allí estaba él, apoyado en el cofre de su vehículo con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja.

Una sonrisa tonta se adueñó de mis labios al percatarme de las briznas de harina en su cabello negro. William era el dueño de la pequeña cafetería que se encontraba a dos cuadras y donde preparaban el mejor café de la zona. Nos conocimos durante la inauguración hacía seis meses. Desde entonces entablamos una amistad y fue como descubrí que amasaba pan cuando se sentía estresado.

Me obligué a salir de mi ensoñación y me acerqué con paso ligero. En ese mismo instante él levantó la cabeza y una sonrisa radiante curvó sus labios.

—Gracias por llevarme a casa.

Negó con la cabeza a la par que se giraba para abrir la puerta de pasajeros.

—Ni en sueños te permitiría tomar el metro.

Incapaz de contener una sonrisa subí y coloqué el bolso sobre las piernas. Me guiñó un ojo, cerró la puerta y rodeó el vehículo. En pocos minutos lo puso en marcha. Inhalé profundo al percibir el tenue aroma del azúcar mezclado con especias y café que lo caracterizaba.

Nos incorporamos al tráfico que ese día era intenso. El presidente ofreció una conferencia de prensa alrededor de las doce del mediodía con las directrices que debíamos seguir. Todos debíamos permanecer en casa, evitar el contacto con las superficies y estar a más de metro y medio de distancia de los demás.

Mordí mis labios al escucharlo pues el transporte público quedó descartado. Me tardaría más de una hora en caminar hasta la casa y el toque de queda comenzaba a las seis. La primera llamada que recibí fue la de mamá quien insistía en que saliera despavorida a comprar mascarillas, guantes y papel higiénico. Logré colgar con el pretexto de una reunión de último minuto. Pocos minutos después mi teléfono vibró con un mensaje de William ofreciéndome transportación.

—Este día ha sido de locos.

—Una gran cantidad de personas se acercó a la biblioteca y en lo único que pensaba era en que a nadie se le escapara un estornudo. Me preocupaba que corrieran despavoridos y tumbaran los anaqueles.

—Eso sería un desastre.

—Dos semanas no alcanzarían para clasificarlos.

Por un segundo desvió la mirada de la carretera y me observó. Diminutas patas de gallo se extendieron por sus ojos, como el café más puro, señal inequívoca de que mis palabras le divertían.

Regresó su atención al tráfico cuando el semáforo cambió a verde. Metió primera y llevó la mano a la garganta y la frotó con el ceño fruncido. Contuve el aliento, mas, me distraje cuando pegó un bocinazo por un inconsciente que cambió de carril y por poco nos choca.

Cerca de cuarenta y cinco minutos después se detuvo frente a mi casa. Desabroché el cinturón y me colgué el bolso en el hombro.

—Gracias.

Abrí la puerta y un único pensamiento me asaltó de repente: No lo vería en todo ese tiempo. Un vacío se apoderó de mi estómago a la vez que un estremecimiento me recorrió la piel.

—Espera.

Giró sobre su asiento y tomó una caja, la cual me extendió. Había un par de botellas de desinfectantes y alcohol. Bajó, abrió la cajuela y sacó una caja de agua y una con el logo de la cafetería.

—Sé que estos te gustan.

Asentí con una sonrisa.

Entramos a la casa y llegamos a la cocina. Coloqué los bollos en un plato y la greca sobre la hornilla. En lo que el agua se calentaba tomé los desinfectantes para guardarlos debajo del fregadero. Escuché a William carraspear. Giré con los ojos muy abiertos, solo nos separaban unos centímetros pues él acomodaba el agua en la alacena. Entonces... estornudó.

Mis dedos se movieron autónomos. Una nube de antiséptico lo cubrió y su olor característico inundó el lugar mientras un gritito escapaba de mi garganta. Su camisa terminó empapada. Sus manos en alto como si con eso lo hubiera podido evitar.

—¿Tienes gato? —Para ese momento los ojos le lagrimeaban.

Negaría con firmeza cuando recordé al gato de la señora Jones.

—No. —Mis labios en una mueca.

Se comportó con frialdad a pesar de mis disculpas.

Lo acompañé hasta la puerta y, tras una bocanada de aire, se inclinó para dejar un beso en mi mejilla. Con la respiración contenida intenté dominar el cosquilleo en mi garganta, cerré los puños, mas, el estornudo encontró la forma de escapar.

Él se alejó de inmediato con los hombros tensos. La vergüenza no me permitió decir nada más.

A la mañana siguiente caminé hasta la puerta cuando el timbre sonó. Apenas pude dormir en la noche, amanecí mocosa y con ojos llorosos.

Al abrir cubrí mis labios mientras un colibrí revoloteaba en mi interior. William estaba frente a mí con un termo caliente y una caja de bollos. El calor se concentró en mis mejillas cuando me dedicó una sonrisa tímida. Mi aspecto daba mucho que desear y él estaba impoluto.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz nasal.

Levantó la mano para acomodar un mechón de mi cabello.

—Cuidaré de ti.



Mis ojos se desmesuraron al escuchar lo que pretendía y di un paso atrás. El presidente fue muy enfático en que si se presentaban síntomas debíamos permanecer aislados.

No estaba segura de cuál podría ser mi diagnóstico. Hacía dos semanas tuvimos un día de niños y algunos sufrían de un resfriado común, pero la señora Jones regresó de un crucero en esas mismas fechas y desconocía los países que visitó.

Además, ¿acaso creía que lo expondría de esa forma? Debía pensar en su familia. Yo solo era la mujer que conoció unos meses atrás.

—No quiero exponerte.

No pudo evitar la risita que retumbó en su pecho, acarició la sien con la mano y ladeó la cabeza.

—Estoy seguro de que quedé inmunizado con el baño de desinfectante.

Volvió a reír. Quedé prendada de la jovialidad que su risa impregnó en su rostro, sabía que debía estar cerca de los cincuenta, aunque su edad era un tema que no me afectaba.

Bajé la cabeza para inspeccionar mi indumentaria como si hubiera cambiado en los últimos dos minutos. Pero seguía llevando la pijama de ositos que tanto me reconfortaba. Levanté la vista para cerciorarme de que mi cabello continuaba amarrado en el moño desaliñado que me hice en la madrugada. Un suspiro de resignación se quedó atascado en mi garganta cuando al mismo tiempo escapó un estornudo. Por suerte alcancé a levantar el pañuelo que llevaba entre las manos a tiempo.

Una mueca desfiguró su rostro por unos segundos, quizás ya comenzaba a entrar en razón sobre el ofrecimiento. Con lo que fuera que tuviera en su interior el termo caliente y los bollos yo era feliz.

—Este clima no es bueno para ti. Acabamos de entrar en la primavera, pero los vientos aún son muy fuertes y fríos.

Asentí.

—Será mejor que me resguarde.

—En eso estoy de acuerdo, Emily.

Dio un paso hacia la puerta y lo bloqueé como armador de futbol, aunque, pensándolo mejor esos eran los que agarraban el balón a distancia para lograr la puntuación. Resoplé, mi cabeza comenzaba a desvariar. Me sentía cansada y estar de pie esos minutos comenzó a transformarse en un esfuerzo titánico.

—Mi deber como ciudadana no me permite darte el paso. Mi casa es una incubadora de gérmenes y vaya a saber qué más.

Bufó... ¿Bufó?

—Estoy seguro de que eres una ciudadana responsable, Emily. Apuesto a que jamás has entregado un libro tarde a la biblioteca.

—No, jamás. Los cargos por la demora son astronómicos, pero el condado está

considerando eliminarlos. Algo así como que las personas se sentirían menos culpables.

Volvió a reír mientras acariciaba la sien con la mano.

Mordí el interior de una mejilla. «¿De verdad acababa de decir eso?»

Extendí la mano hasta el barandal al sentir como si la brisa suave fuera capaz de tirarme. Lo ojeé con disimulo pues tenía que sonarme la nariz y no lo haría frente a él. ¡Me faltaban solo unos meses para cumplir cuarenta y uno!

—Emily...

—Estaré bien, William.

Extendí la mano para agarrar el termo, mi cuerpo agradecería el calor externo y no esa tibieza tan extraña que proporcionaba la enfermedad. Sin embargo, lo alejó y negó con la cabeza. Suspiré con resignación. ¿Acaso se lo llevaría si no le permitía entrar?

—Ya me contagiaste, Emily. Ayer estuvimos encerrados en mi automóvil por alrededor de una hora.

Desvié la boca a un lado, en eso tenía razón, aunque, si inhaló el desinfectante puede que cualquier virus o bacteria en su garganta muriera.

Bajé la cabeza y estrujé mi rostro, jamás podría olvidar lo que hice.

—¿Y si lo que tengo es ese virus tan peligroso? Quizás aún estés a tiempo de dar la vuelta y mantenerte sano.

—Solo perdemos el tiempo. Desde hace varios minutos que puedes estar acostada en la cama con un plato de mi sopa de tomate entre los dedos.

Si no tuviera la certeza de que un ser humano no se derrite podría jurar que eso fue lo que hice. Su sopa de tomate era deliciosa y no era quien único lo pensaba, cuando la preparaba se agotaba de inmediato. Tenía suerte de que él me guardaba una porción cuando no podía salir a tiempo a la hora de la comida.

—¿Sopa de tomate?

Asintió con una seriedad impenetrable.

—Y bollos recién hechos.

Suspiré. Ese pedazo de pan tan esponjoso y suave con el sabor característico de la levadura. Y que, cuando estaban recién horneados, se les derretía la mantequilla al instante.

Intenté inhalar profundo para ver si captaba su delicioso aroma, pero al parecer un tapón decidió instalarse en mi nariz. Y uno no muy efectivo pues goteaba profuso.

—Me duele la cabeza. —Levanté la mano para sostenerla. El viento continuaba su juego con mi balance.

Dio los pasos que lo acercarían a mí y con el brazo me rodeó. Mi cabeza se apoyó en su pecho duro y estable. No podía ser diferente pues amasar pan requería de un gran esfuerzo físico.

Coloqué la mano muy cerca de su corazón, en mis dedos el golpeteo acelerado de sus latidos. Cerré los ojos por ese refugio seguro en el que me encontré al instante. La suavidad de la camisa blanca almidonada.

—Creo que hoy es la premier de la nueva temporada de Outlander.

Asentí mientras me sentía impulsada con delicadeza a un lugar tibio y lejos de la brisa fría.

—Sí, renové mi suscripción.

Escuché una risa queda y muy pronto me encontré envuelta entre almohadas mullidas y cobertores reconfortantes. Suspiré con satisfacción, la ligereza en mi cabeza comenzaba a ceder.

Giré y le dediqué una sonrisa. No sé qué hizo, pero ya me sentía muchísimo mejor.

—Eres un manjar.

Volvió a reír.

—Podrás mordisquearme en cuanto te cures.



Abrí los ojos. Miré a un lado y después al otro, mi habitación continuaba del mismo color amarillo pálido y las esquinas con borde floral, mas, William no estaba allí. Solté un suspiro de alivio, no quería que me viera en esas condiciones. Antes muerta que sencilla. «*Sí, creo que es un poco tarde para eso.*»

Levanté la mano, pero se quedó a mitad de camino, el cuerpo se agitó hacia el frente y el estornudo se hizo eco por los rincones. Gruñí. Me quedé inmóvil pues era imposible que él no me escuchara.

Cuando pasaron los minutos y no entró, coloqué los pies en la alfombra blanca, calcé las pantuflas mullidas y me apresuré al baño.

Achu... Achu... Achu...

Todo eso antes de poder cerrar la puerta. Giré y me encontré con el espejo de pared completo. Un gritito escapó de mi garganta, sin importar la iluminación tenue, mis ojos se veían hundidos y las ojeras profundas, la piel cenicienta.

—Bien, Emily, es obvio que lo vas a espantar.

Achu... Achu... Achu...

Me metí bajo el agua tibia y tiré la cabeza hacia el frente. Un suspiro de satisfacción abandonó mis labios. El entumecimiento en mis músculos se fue por la coladera. Me lavé el cabello y me aseguré de utilizar el jabón corporal con olor a jazmín. No podía negar que estaba enferma, pero, al menos, podría esforzarme en que mi fragancia fuera placentera.

Achu... Achu... Achu...

Me sequé el cabello castaño hasta dejarlo húmedo y lo recogí en una cola de caballo, las ondas no se hicieron esperar. Me coloqué un vestido cómodo de rayas horizontales y cambié mis cómodas pantuflas por unas balerinas color nude. Al terminar humecté mi rostro terso y oliváceo. Tras un suspiro de resignación lo dejé al natural, sería peor si el rímel resbalara por mis mejillas y la nariz compitiera con el color de mis labios.

Achu... Achu... Achu...

Me detuve a mitad del pasillo, saqué el pañuelo en el bolsillo derecho y me soné la nariz con el mayor disimulo del que fui capaz. Esperaba que William no me escuchara. Observé mi reflejo en el marco del cincuenta aniversario de mis padres y pestañee varias veces para que mis ojos negros no estuvieran tan llorosos. Levanté las manos con la intención de pinchar mis pómulos, si bien, en el último segundo desistí de la idea. Aparte de la nariz roja parecería que tenía fiebre. Sin embargo, debía tener algunas décimas pues esa tibieza tan extraña se negaba a abandonar mi piel. Al menos creía estar segura de no tener ese virus tan peligroso, en las noticias no mencionaron nada de estornudar hasta que la nariz se negara a permanecer pegada a tu rostro.

Llegué a la cocina y fruncí el ceño. William lucía una camisa azul claro de botones y jeans ajustados. Al ver su cabello negro envuelto en una nube de harina me imaginé que tuvo que cambiar su ropa.

Me quedé embelesada al observar el movimiento hacia adelante que hacía con el frasco de salsa que estaba en mi alacena. Apoyé la cabeza en el marco cuando la cabeza se tornó pesada. Él se mantenía absorto en la masa que recibía sus caricias con docilidad.

Achu... Achu... Achu...

Muy tarde metí la mano en el bolsillo. Mientras mi cuerpo era un cúmulo de virulencia, mis ojos volvían a estar llorosos.

—Salud. —Atorada en su garganta una risita—. Buenos días. ¿Te apetece desayunar?

—Hola. —Bajé la cabeza para ocultar el rubor en mis mejillas—. Sí, me gustaría un plato de tu deliciosa sopa.

Él se dirigió hasta mi horno, que solo se prendía en Navidad, sacó una bandeja y metió otra. Seguí cada uno de sus pasos. No me pasó desapercibido el movimiento firme de los muslos o la potencia de los hombros.

—Ayer te terminaste la sopa y pensé que un caldo de pollo te caería mejor.

Fruncí el ceño. Acabábamos de entrar a la casa, se aprovechó de un momento vulnerable y quizás dormí un par de horas, no más.

—¿Ayer?

—Sí, después de comer te quedaste dormida. Te dejé descansar, tu cuerpo lo necesitaba.

Cubrí la boca con las manos. ¿Estuve dormida casi un día completo?

—¿Qué pensarás de mí?

Él llevó la mano a la sien y ladeó su rostro. En sus labios una sonrisa.

—Que eres la mujer más hermosa, más aún, con esos pequeños ronquiditos que escapan de tu garganta.

—¡Yo no ronco!

Con pasos certeros caminó hasta mí, extendió el potente brazo para tomar mi mano, la giró y dejó un beso suave sobre mi muñeca, en sus labios esa sonrisa que no desaparecía.

—Eres la mujer más adorable del mundo mientras duermes.

Sus palabras me hicieron sonreír. Me llevó hasta una silla colocada frente a la encimera y dejó otro beso en el mismo punto.

Lo observé mientras daba media vuelta y se acercaba a la estufa, los músculos en su brazo se flexionaron cuando agarró el cucharón y vertió una porción en dos platos hondos.

Con pasos distendidos se acercó a mí y colocó uno frente a mí. Arrastró otra silla y se sentó a mi lado.

—Esto te hará sentir mejor. Te lo prometo.

Extendí la mano, solo tuve que hacerlo un poco, y entrecerré la suya entre mis dedos. Con la otra mano sostenía mi cabeza.

—Gracias, William. ¿Qué sería de mí sin tus cuidados?

Una sonrisa tímida curvó mis labios. El hombre frente a mí era maravilloso, de eso no tenía dudas.

Volvió a besar mi muñeca y me urgió a comer. Tuve que hacer un poco de malabares con la mano izquierda pues él jamás soltó mi mano. No sabía cómo le hizo para dejar un par de bollos recién horneados junto a mi cuchara y a la vez comer con normalidad.

A mitad de la comida se puso en pie y se apresuró hasta el horno para sacar la bandeja y apagar el aparato.

Achu... Achu... Achu...

—Debes tener una alergia estacional.

—Eso espero. Ya estoy cansada de estornudar.

Una mueca se dibujó en su rostro, si yo estaba cansada no quería imaginar cómo se sentiría él.

Cuando terminamos recogió todo a nuestro alrededor, en ningún momento me permitió moverme. Según él la frialdad del agua no permitiría que me recuperara con rapidez.

Al llegar junto a mí llevaba el desinfectante entre los dedos. Una risita queda retumbaba en su pecho.

—Yo estaré a cargo de las municiones. Tú eres peligrosa.



Llevábamos cuatro días encerrados en mi casa. Acabábamos de terminar el capítulo de *Lost* desde la perspectiva de Sawyer y antes de ese vimos el de la perspectiva de Kate, Jack y John.

Fruncí el ceño cuando William se levantó una vez más y se alejó de mí, lo hacía cada vez que terminaba un capítulo. Comencé a pensar que quizás recibía mensajes y se iba para contestarlos en privado, algo ridículo porque nada lo ataba a mí.

Me puse en pie con sigilo, me incliné y mis dedos se colocaron en puntas. Él estaba en la cocina. El gesto de extrañeza en mi rostro aumentó pues comimos lasaña hacía una hora, él hizo la pasta.

De puntitas cual ladrón de caricatura llegué hasta esa área de la casa y lo vi de pie frente al refrigerador, la puerta abierta... Su concentración estaba perdida entre los ajos y la salsa *pomodoro*.

Llegué hasta el sillón y dibujé una sonrisa angelical en mi rostro cuando él apareció un minuto después.

—Bien, ¿qué te apetece ver ahora?

—¿Quieres ver Arrow?

Asintió mientras se acomodaba junto a mí, colocaba mis pies en su regazo y buscaba la serie en el servicio de *streaming*. Por suerte, desde hacía unas horas, dejé de estornudar cada segundo. Solo me quedaba la pesadez en la cabeza y el malestar general.

Los suaves dedos comenzaron ese baile hipnótico en mis plantas, según donde pasaban, el dolor disminuía en alguna parte de mi cuerpo. Di un salto cuando tocó un punto y un dolor agudo me atravesó como azote eléctrico a través de mi piel.

—Lo siento. —Esos dedos delicados se movieron con dulzura por mis pantorrillas, por lo que, cualquier molestia quedó olvidada—. Ese es tu sistema respiratorio.

—Gracias, me conscientes demasiado.

Levantó un hombro y lo dejó caer, esa deliciosa sonrisa en sus labios.

—Me gusta cuidar de ti.

Sonreí y bajé la cabeza. William sabía cómo hacerme sentir especial. El capítulo terminó, él se puso en pie y volví a seguirlo... Otra vez estaba frente al refrigerador.

Regresé el sillón mientras una idea tras otra invadía mi cabeza. Me levanté, me coloqué de puntitas y me impulsé hacia el frente, él continuaba absorto.

Me acerqué al mueble donde se encontraba el televisor, abrí un cajón y saqué un papel junto con cinta. Tomé la tableta de William, hice una búsqueda y programé el inicio. Agarré el teléfono y marqué el número de la casa, no podía llamarlo al móvil por el identificador de llamadas. Aferré el control de la tele entre mis dedos, entonces me dirigí al baño.

—¿Emily? Tu teléfono.

Cerré la puerta sin hacer ningún ruido y solo entonces dije:

—Debe ser mamá. ¿Podrías contestar?

Hubo una pausa.

—¿No te molesta?

Mis labios estallaron en una sonrisa.

—No, ya le he hablado de ti.

Luego de dos timbrazos más, descolgó.

—Cafetería Suspiros, ¿en qué puedo servirle? —Cubrí mi boca para que no escuchara mi carcajada—. Disculpe, es la casa de Emily, ¿diga?

A través de una rendija en la puerta saqué el control de la televisión y le di al botón de *play*. El tema de *Jaws* retumbó por cada rincón de mi hogar. Agarré el rollo que hice con el papel y lo coloqué sobre mis labios. Quería emular una voz grave, profunda y lejana:

—Está entre nosotros.

—¿Disculpe?

Aparté el rollo y me aseguré de que mi tono saliera como un pitido molesto:

—Yo vi a mi papá con él. —Fingí sorber por la nariz y solté un sollozo—. Fue horrible... Horrible. —Hice una pausa e imité la voz nasal de Fran, la niñera—: Mamá, ¿quieres algo? ¡NOOOOOOOOO!

Lo escuché resoplar y volví a cubrir mi boca para ocultar la risa.

—¿Es una especie de broma?

Levanté el rollo hasta mi boca una vez más y mi voz salió cavernosa cuando dije:

—Algunos creen que es su mejor amigo.

—¿Te conozco?

Lloriqué unos segundos y utilicé un tono lastimero para decir:

—Confíe en ti. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—¿Emily?

Me apresuré a taparme la boca con el rollo de papel, el tema de *Jaws* llegaba al punto culminante.

—Es frío y aterrador. —La música repitió el «Tu tun, tu tun, tu tun» más duro y rápido—. Es... ¡El refrigerador!

La puerta del baño se abrió y en un segundo volaba por los aires. Me entró mal de risa mientras William me llevaba en brazos con paso firme. Quería parecer duro e impenetrable, pero el júbilo en esos ojos como el café más puro y el dejo de sonrisa en sus carnosos labios lo delataban.

Me dejó caer sobre el sillón y sus manos volaron por mi costado para hacerme cosquillas, reí sin parar.

—Con que te gusta hacer bromas, ¿eh?

—¡Basta! —Mi voz sonaba poco convencida y mi risa no ayudaba.

William terminó por sostener mis manos sobre la cabeza con una de las suyas. Sus piernas contenían las mías. Tomé una respiración profunda y le dediqué una sonrisa que sabía lo desarmaría.

Un suspiro escapó de entre mis labios cuando percibí el brillo en su mirada. Mis manos eran testigos de la fortaleza en sus brazos, mas, la delicadeza con que me sujetaba no me pasó desapercibida.

Antes de cualquier reacción sus labios estaban sobre los míos y yo le devolvía el beso. Su mano soltó la mía y se posó sobre mi nuca mientras la otra pasaba por debajo de mi cuerpo y me rodeaba la cintura. Mis manos tomaron vida propia y se arrastraron con timidez por el pecho masculino hasta rodear el cuello.

Su pecho me transmitía la tibieza que solo apreciaba cuando se acercaba con un plato caliente y lo dejaba frente a mí o como el segundo día cuando me ofreció un sostén para poder llegar a la cama. A pesar de la congestión en mi nariz logré captar un atisbo de azúcar mezclada con especias y café... Yo amaba el café.

Su lengua se apoyó en la mía y tocó el cielo de mi boca, los labios se movían con cautela como temerosos de dañar algo muypreciado.

Pensé que los latidos de mi corazón latirían frenéticos, pero eran estables. Como si reconociera al hombre que exploraba cada hendidura en mis labios y se las aprendía de memoria. Las burbujas se multiplicaban en mi estómago hasta hacerme sentir que flotaba en el aire, la felicidad recorría cada rincón de mi piel... Y el deseo. Mas, quería ir con cuidado, vivir cada experiencia con él y sin apresurarme. ¿Desde cuándo me sentía así? Siempre pensé que solo éramos amigos.

William rompió el beso y fijó la mirada en mí, sus ojos jamás se vieron tan transparentes y certeros.

—Emily, estoy enamorado de ti. ¿Hasta cuándo lo ignorarás?



Abrí los ojos cuando un pitido insistente me arrebató el sueño. Me despegué del pecho de William, ambos nos quedamos dormidos en el sillón, y me percaté que la pantalla de su teléfono se iluminaba con una llamada. Intenté alejarme, pero él deslizó la mano hasta mi cintura y me aprisionó. Lo empujé con suavidad y resbalé la mano por su brazo.

—¿Qué sucede? —Sonreí por la voz tan ronca y adormilada mientras volvía a abrazarme.

—Creo que es tu teléfono.

Asintió sin abrir los ojos y el ruido se detuvo. Sin embargo comenzó de inmediato. Volví a deslizar la mano en su brazo. Al parecer comprendió pues lo extendió y tomó el teléfono.

—Diga.

Me acomodé otra vez en el hueco entre el brazo y el pecho para volver a dormir con esa tibieza tan deliciosa. No había mucho que hacer esos días, solo comer, dormir y ver la televisión. Sacaba mis tiempos para leer, pero las manos de William solían masajear mis pies y me quedaba dormida.

—Dame un segundo, cariño.

Dejó un beso en mi frente y con facilidad logró escapar del obstáculo que mi cuerpo le imponía. Se puso en pie y descalzo llegó hasta la cocina.

—Sí, estoy bien... Yo también te extraño... Sí, sí, lo primero que haremos cuando esto termine será vernos... Gracias por llamarme... Lo haré... Yo también te amo... *Bye*.

Levanté la mirada y el reloj de la sala marcaba medianoche. Lo escuché regresar pocos minutos después, todo el tiempo mantuve los ojos cerrados. Me empujó con suavidad hasta quedar recostada y él se colocó junto a mí, su mano derecha reposó sobre mi vientre y la otra por detrás de la cabeza. A los pocos minutos estaba dormido por completo.

Llevé la boca a un lado. Solo había tres cariños en su vida: su madre, su hija y su exesposa. Un gran suspiro infló mi pecho. Siempre me pareció algo bonito, hasta esa noche.

Me costó conciliar el sueño después de eso. Al punto de que esa mañana fui la primera en despertar. Entre gruñidos logré alejarme de sus brazos y entré a la cocina a preparar una taza de café.

Caminé hasta el baño y tomé una ducha tibia. Me sentía mejor, aunque todavía desganada y con el tapón insufrible en los ojos, nariz y oídos.

Cuando salí pinté mis labios, cepillé mi cabello castaño hasta dejarlo lustroso y me decanté por un vestido negro con estampado de flores en la falda, ceñido hasta la cintura.

Cuando regresé a la cocina, William tenía entre las manos una taza del brebaje caliente. En cuanto giró, la taza se quedó a medio camino y contuvo el aliento.

—¿Vas a salir?

Caminó hasta mí con el ceño fruncido y sus labios en una línea recta. No necesitábamos nada, él se encargó de las provisiones. Teníamos harina, huevos y mantequilla para un año pues él llevó lo que tenía en la cafetería hasta mi casa.

Me aferró de la cintura y se inclinó, aunque se quedó como suspendido en el aire.

—No... —Mi voz apenas audible—. Imaginé que verme en pijama todo el día no era algo lindo.

—Podrías usar el saco de harina y te verías hermosa.

No tuve tiempo de responder porque sus labios descendieron sobre los míos como corredor que acababa de escuchar el aviso de salida.

Choqué con su pecho cuando rompió el beso. Consideré reescribir las leyes de la física sobre el posible derretimiento de las personas. Una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro y con su brazos sobre mis hombros me guio hasta la silla en la cocina.

El teléfono me envió un aviso y él giró para terminar el desayuno. Abrí el mensaje de una de mis amigas en la red social... Una gran sonrisa se dibujó en mis labios cuando vi otro mensaje.

—¿Todo bien? —William dejó un plato con bollos calientes y huevos revueltos con jamón. Su mirada era incapaz de ocultar su curiosidad.

—Sí. —Me apresuré a cerrar la página y solté el teléfono en la encimera.

Una vez más comimos con nuestras manos entrelazadas. Parecíamos jovencitos que se dedicaban medias sonrisas y se observaban a escondidas.

En cuanto terminamos su teléfono sonó. Al parecer había algún problema y debía ir a resolverlo.

—El banco cometió un error con la nómina y exigen que vaya. Trataré de no tardarme, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —Tal vez contesté demasiado emocionada.

Entrecerró los ojos mientras levantaba la mano hasta la sien.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí.

Creo que su intención era darme un pico, pero sus manos terminaron por rodear mi cintura y su lengua exploró cada rincón de mi boca... Adiós al lápiz labial.

Salió y corrí a la cocina por mi teléfono, chateé por alrededor de una hora con alguien desconocido y quedamos en vernos en la tarde.

El timbre de la puerta sonó demasiado pronto. Corrí a la habitación y dejé la evidencia escondida. Era terrible para engañar.

Cuando me aseguré de que todo se viera más o menos igual a cuando se fue, incluida mi apariencia, caminé con paso ligero hasta la puerta.

Al abrirla contuve el aliento. Llevaba una camisa de botones en color carne, un pantalón de vestir negro y zapatos boleados. Su cabello húmedo era la última confirmación que necesitaba para saber que fue a casa antes de regresar.

—¡Wao! —Mordí mis labios y bajé la cabeza.

No podía creer que lo dije en voz alta, pero la camisa marcaba la definición de sus brazos y el pantalón la fortaleza de sus piernas.

—Eso mismo gritó mi cabeza cuando te vi esta mañana.

Ladeó la cabeza mientras me guiñaba un ojo y mordía uno de sus labios con la intención de esconder la sonrisa satisfecha.

No tuvimos tiempo de sentarnos en el sillón cuando su teléfono sonó con una notificación. Lo sacó y en segundos cuatro rostros gritaron:

—¡Feliz Cumpleaños!

## 6



Sonreí con los ojos humedecidos. Intenté alejarme para darle privacidad con los que asumí eran su familia, pero él aferró mi mano y me jaló hasta quedar sentada junto a él.

—¡Hola, Emily!

Todos saludaron como si esa fuera la millonésima vez que nos viéramos. Mi hola fue apenas un susurro, mis mejillas tibias.

—¿Cómo te sientes, cariño? ¿Ya estás mejor de tu resfriado? —Esa debía ser la mamá de William, una señora muy linda.

—Sí.

—No sabes lo feliz que estoy de que esté contigo, lo mantienes entretenido.

Me revolví en el asiento e intenté desaparecer otra vez.

—No hago mucho, la verdad.

—Mi William tiene que hacer algo todo el tiempo. Es muy inquieto.

Por suerte la conversación se movió hacia el festejado. Platicaron un rato, contando anécdotas graciosas. Yo no podía dejar de observar la sonrisa en sus labios, el júbilo que transmitía su mirada. Estaba embelesada con los pequeños movimientos en cada músculo de su rostro.

—Papá, ¿por qué no me dijiste que estabas con Emily anoche? Te hubiera llamado en la mañana.

Salí de mi ensoñación cuando el calor de mis mejillas se tornó como el fuego.

—Veíamos una película, nos quedamos dormidos. —Mis palabras atropelladas.

«¡Qué vergüenza!»

—Lo cual volvimos hacer después de colgar.

Me dedicó una mirada soslayada, en sus labios una sonrisa de oreja a oreja.

—Como te gusta molestarlo, Jully. Lamento no poder preparar tu pastel.

«¡Oh! Esa era mi señal. Tenía que huir»

Logré escurrirme de entre sus brazos. Él frunció el ceño y le dediqué una sonrisa incierta. Me apresuré hasta la habitación. Encendí una cerilla para prender las velas y con pasos inestables llegué a la sala. A pesar de que la distancia era muy corta, supliqué que no se me cayera. Estaba muy nerviosa.

—Cumpleaños feliz... Cumpleaños feliz...

La algarabía que por un momento se escuchaba por cada rincón de la casa se convirtió en silencio. El rostro tan hermoso de William era incapaz de ocultar su desconcierto.

Su familia ya me hacía coro cuando por fin llegué junto a él.

—¿Por eso actuabas tan extraño?

Acomodé un mechón de pelo inexistente.

—Soy un desastre para las sorpresas. Hace unos meses le prepararon un *baby shower* a una compañera y yo fui y le pregunté si la carriola era para niño o para niña.

«¡Cállate, Emily! Otra vez desvarías.»

Tomó el pastel de mis manos, con la mano libre rodeó mi cintura... Y devoró mis labios hasta que los dedos de mis pies terminaron en puntitas y comenzaba a creer que el aire no era necesario para vivir.

—Seguimos aquí —canturrió su hija.

—¡Niña!

Ambos sonreímos. William se inclinó para recoger el teléfono del suelo y volvimos a sentarnos en el sillón como si el último minuto no hubiera existido.

—Feliz cumpleaños, hijo. Que mejor que pasarlo con alguien a quien amas. —El caballero se inclinó y dejó un beso en la sien de su esposa.

—Papá, no la espantes. Apenas descubrió que me gusta. —William agarraba con firmeza mi cintura.

—Si solo van a comerse entre besos, envíenme el pastel. —Y ese debía ser su hermano.

Con una sonrisa pícaro William levantó el postre y le dio una gran mordida. Levantó y dejó caer las cejas con exageración en varias ocasiones mientras un bigote y barba de nata cubría su rostro.

Abrí los ojos y reí a la vez que negaba con la cabeza cuando se acercó a mí con intenciones evidentes. Solo pude levantar las manos como reo que se rinde cuando sus labios terminaron sobre los míos en un beso ruidoso. Las otras cuatro personas reían a carcajadas al ver el aspecto tan desastroso de los dos.

—Está mejor que el tuyo, mamá.

Le pegué con suavidad sobre el brazo, esa era la mentira más grande del mundo. Se me olvidó ponerle azúcar a la masa y a la crema. Él me rodeó por los hombros y dobló una pierna sobre la otra. Se veía muy cómodo con su familia al frente, aunque fuera en una pantalla, y yo junto a él.

—No es cierto, señora Wilson. Cuando me dio la receta, se me olvidó anotar cuánta cantidad llevaba de azúcar.

Era la primera vez que preparaba un pastel y solo pude hacerlo por todas las cosas que él llevó de la cafetería. Estaba tan nerviosa que William me descubriera, cuando chateé con su madre, que no presté atención a lo que hacía.

—¡Oh! No te faltó, querida. A él le gusta así.

—Y este año nosotros nos salvamos de esa cosa. Lo siento por ti, Emily.

Su hija me dedicó una sonrisa burlona y le respondí el gesto.

—Me aseguraré de guardarte un pedazo, Jully.

—En eso te equivocas. —Fruncí el ceño ante la seguridad en el tono de William. ¿Acaso hice mal en responderle así a su hija? —. A Emily no le gusta el dulce.

Abrí los ojos y cubrí mis labios.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque eres la única que come mis bollos.

—¡Oh, Emily, cariño! Cuanto lo siento.

El rostro de la señora Wilson mostraba una pena inmensa, al igual que el resto de la familia.

—¿De qué habla? Sus bollos son lo más delicioso del mundo. Son famosos en la cafetería.

—Siempre he dicho que hay un roto para un descocado. —Afirmó su padre con seriedad.

—Eso nadie lo come, Emily —aseguró su hermano.

El rostro de William tenía un leve tono rosado.

—Solo los hago para ti... Bueno, para los dos. El día que los probaste lo hiciste por error.

Negué con suavidad sin poder apartar la mirada de la suya que mostraba dulzura mezclada con humildad. Extendí la mano y la coloqué sobre su mejilla, él se apoyó en ella.

—Para mí son muy ricos. —Mi voz apenas audible.

—Lo sé, nena.

Una sonrisa tímida se adueñó de mis labios. No era cariño, era nena.

Me tomó entre sus brazos y me aprisionó entre ellos mientras un gran suspiro escapaba de su pecho.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No lo sé.



—Estás acabado.

Entrecerré los ojos con exageración, mis labios en un puchero enorme. Él levantó la mano hasta el corazón y me observó con esos hermosos ojos del café más puro. Las diminutas patas de gallo delataban el júbilo que sentía, a pesar de que sus labios estaban caídos en señal de derrota.

—Ten un poco de piedad, Emily, por favor.

Levanté la cabeza en alto, mi expresión solemne.

—¿La misma que tú mostraste, William Wilson? Es tu fin... G7.

Un gemido lastimero escapó de su garganta mientras yo tomaba el minúsculo bollo, con forma de barco o al menos lo intentamos, y lo llevé a mi boca.

Él se inclinó frente a mí con teatralidad y dijo:

—Estoy a sus pies, *milady*.

—Como debe ser, milord.

Extendí la mano, él la tomó entre la suya y con la mirada fija en la mía, dejó un beso suave. Mantuve los labios en una línea recta, pero no pude hacer nada contra el calor que se instaló en mis mejillas.

Se qué hacía el ridículo pues tenía una olla en la cabeza y dibujé líneas en mi rostro con mantequilla y harina, parecía un jugador de fútbol americano. O tal vez no, porque mi complexión era pequeña y sin músculos.

En la mañana, al despertar, encontré a William en mi sillón y era evidente que ese día sus niveles de energía eran muy altos, mi casa no podría contenerlo por mucho tiempo.

Quería cuidarlo tanto como él hizo conmigo. Para mí esos días no fueron tan pesados pues en cualquier rato aburrido agarraba un libro y podía escapar. Pero en ese aspecto nuestras personalidades eran muy diferentes y, a pesar, de que nunca se quejó, era obvio que el toque de queda causaba estragos en él. Por el trabajo que tanto amaba estaba acostumbrado al contacto con las personas y el ir y venir del día a día.

William solía ir a su casa un par de horas, a tomar un baño y revisar que todo estuviera en orden. En ese tiempo me hacía mucha falta. Escuchar el timbre sonar cuando regresaba provocaba un burbujeo en mi estómago que me hacía flotar hasta la puerta y abrirle en segundos... Era una colegiala, pero que bien se sentía.

Ese día, después de desayunar, le pedí que me enseñara a preparar la masa de los bollos para distraerlo un rato. Luego se me ocurrió que podía entretenerlo en hacer algunas formas con ella. Fue así como terminamos con un juego de Battleship en pan.

Él extendió la masa sobre la mesa y con un popote le hice los agujeros, escribí los números y letras con un cuchillo. Entre los dos diseñamos los barcos.

Nuestras manos se encontraron aquí y allá, ninguno pudo ocultar los suspiros y miradas. Él se acercaba a mí por cualquier motivo, procuraba que nuestra piel siempre se encontrara... Y yo sentía un titileo que mantenía una sonrisa boba en mis labios.

Cuando se enderezó de la reverencia tenía una sonrisa ladina en los labios. Quise retirar la mano, mas, no pude. Di media vuelta con la intención de distraerlo y correr, pero, él me aprisionó entre sus brazos y me levantó como si no pesara nada.

—¿A dónde crees que vas?

Un gritito escapó de mi garganta y comencé a reír.

—¡Pretendo huir de ti!

Intenté soltarme una vez más, si bien, sus brazos se aferraron a mi cintura, siempre un toque delicado.

—Es hora de que pagues por tu osadía. Al amanecer del quinceavo día mis tropas atacarán por el este y no podrás impedirlo.

Reí más fuerte porque su mano derecha avanzaba por mi abdomen provocándome cosquillas.

Sus brazos me rodearon por completo y me hundió hacia atrás hasta que quedé de cabeza. Sus labios buscaron los míos mientras movía las cejas de arriba abajo una y otra vez... Yo no podía parar de reír.

Unió nuestras bocas y exploró su interior. Tuve que romper el beso cuando comencé a sentir la cabeza ligera y el fuego en mi rostro por la posición.

—¿Quién es el ganador?

—¡Tú!

Me enderezó en un solo movimiento y me soltó de golpe, tuve que llevar la mano a la encimera para no caerme.

William dio media vuelta, con el porte recto y desafiante. Cualquiera mujer se derretiría al instante, al menos yo lo hice al ver esos pantalones ajustados y cómo la camisa marcaba sus brazos.

Cubrí mis labios con la mano, aunque no podía ocultar la sonrisa y mucho menos la luminosidad de mi mirada... Lo amaba y no sabía cuándo pasó.

Él giró, esa mirada de café fija en la mía. Contuve el aliento al ver esos pasos de depredador acercarse a mí. De algún punto se escuchó la música de la cantante Pink al piano, tocaba *To make you feel my love*. Cuando volví a pestañear ya estaba entre sus brazos.

Me movió de un lado al otro como el vaivén de los árboles cuando hay una brisa fresca. Tomó mi mano y me hizo girar.

En segundos volví a estar entre sus brazos. No podía despegar la mirada de la suya mientras él parecía muy concentrado en descubrir mi alma.

—Emily...

Rodeé su cuello con las manos y apoyé la cabeza en el pecho tibio, podía sentir el correr de sus latidos.

La cantante transmitía para el mundo a través de su Instagram, mas, para mí era como si estuviera sentada en mi sala y nos ofreciera la canción perfecta para los días que vivía al lado de William.

Por unos segundos quedó en segundo plano pues el pitido del sistema de alarmas se hizo eco en ese instante. Todavía entre sus brazos revisamos la notificación, el presidente informaba que el toque de queda se extendería por tres semanas más.

William soltó un suspiro largo, rodeé su rostro con mis manos y le dediqué una sonrisa que esperaba le transmitiera tranquilidad.

Él llevó la mano a la sien, ese dejo de ansiedad evidente.

—¿Es mucho pedir quedarme ese tiempo junto a ti?

Negué con la cabeza.

—¿Y si lo haces para siempre?

## Acerca de la autora



R.M. de Loera nació en San Juan, Puerto Rico. Por ocho años vivió con su esposo e hijos en la Ciudad de México ya que fue estudiante de maestría en psicología social de la UNAM.

Decidió comenzar a escribir en junio del 2015 tras una noche de insomnio cuando Edmund y Evelyn decidieron contar su historia y nació su primer libro **Cuando las zarzas florezcan...**

Le apasiona involucrarse en las historias de sus personajes, tener una lucha constante con los protagonistas cuando quiere llevar la historia por un lado y ellos insisten que va por otro. En ese ir y venir conoció a Gareth y Amie de **Mi acuerdo con el arquitecto** y **La petición de mi arquitecta**. Su siguiente novela es **Eres mi modelo** donde un pastor, candidato a la gobernación, decide declararle su amor a una exitosa modelo. De ahí, un viejo conocido decide contar su historia y nace **Chocolate**. Al cumplirse diez años de un tema personal en 2017 decide contar la historia de **Ángel**. En su siguiente trabajo conocimos al gigoló más famoso de Nueva Zelanda en **La chica de Gent**. Entre esas historias aparecieron algunos relatos como: **Comenzar de Nuevo**, **Ángel: la primera Navidad**, **El fiador**, **Volver a empezar**, donde hace una colaboración con las escritoras puertorriqueñas Carmen Aponte y Estela Torres. En agosto de 2018 publicó la historia que más difícil se le ha hecho escribir por los grandes retos que conlleva... **Avikar**. En diciembre del mismo año decidió intentar algo cómico y presentó el relato **Un estafador robó mis chocolates... ¡En Navidad!** En el 2019 llegará la historia de Erik y Mirela, un amor entre un piloto y su controladora aérea en **El duque del cielo**. Inicia el 2020 con el relato: **Antes de partir**. Y en los días de toque de queda presentó **Cuidaré de ti**. Para su próxima aventura conocerás a James y Bárbara en **Tu mirada en el tiempo**.